

Santiago Guijarro, *DICHOS PRIMITIVOS DE JESÚS. Una introducción al «Proto-evangelio de dichos Q»*, Sígueme, Salamanca, 2004 • 129 pp.

Recensión de Pedro Barrado
en Vida Nueva (2004)

El objeto de este libro, como indica el subtítulo del mismo, es el «Protoevangelio de dichos Q»; una de las tradicionales dos fuentes de la que bebieron tanto san Mateo como san Lucas a la hora de componer sus respectivos evangelios (la otra fuente sería el evangelio de Marcos, admitido mayoritariamente como el primer evangelio escrito). Santiago Guijarro, profesor titular de Nuevo Testamento en la Universidad Pontificia de Salamanca, llama a esta fuente «Proto-evangelio de dichos Q»; y justifica esa denominación porque, a su juicio, así se «refleja su vinculación con los evangelios canónicos, estableciendo una relación cronológica con ellos, pero no le otorga el mismo valor normativo (proto-evangelio). En segundo lugar, refleja la importancia que los dichos tienen en esta composición, subrayando su carácter eminentemente discursivo. Finalmente, conserva la designación tradicional de 'Q', que es un necesario y saludable recordatorio del carácter hipotético de este escrito» (p. 60).

En efecto, parece conveniente tener en cuenta que la existencia de este «documento» tiene un carácter hipotético –aunque verosímil–, ya que no está basado en hallazgos arqueológicos de carácter positivo –como es el caso de la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi (1945) o la esenia de Qumrán (1947)–, sino en una serie de indagaciones de carácter literario. Quizá por eso, algunos de los elementos constituyentes de este «escrito» resulten en la actualidad enormemente discutidos y no logran alcanzar el deseado acuerdo. Para empezar, lo que tiene que ver con el propio texto de «Q»: no es raro oír hablar a los especialistas de diferentes recensiones (versiones) del «documento Q» (así se podrían explicar los desacuerdos entre Mateo y Lucas cuando ambos utilizan «Q»). Algo parecido se podría decir de su proceso de formación: mientras unos estudiosos hablan de un escrito profético con varias reelaboraciones (como mantiene Migaku Sato), otros se inclinan por una instrucción sapiencial con sucesivas

ampliaciones (es el caso de John S. Kloppenborg). De cualquier manera, la idea de que el documento «llegó a adquirir su forma actual a través de un complejo proceso de composición se encuentra cada vez más generalizada entre los estudiosos de Q» (p. 56).

Algo que sin lugar a dudas llamará la atención de los lectores, incluso de aquellos que posean una cierta iniciación en el tema, tiene que ver con el género literario del «documento Q». Santiago Guijarro afirma en estas páginas que «según los cánones de la retórica antigua, el ‘documento Q’ puede considerarse una ‘vida’ (...) el ‘documento Q’ puede ser considerado como una forma incipiente de biografía antigua. Más aún, fue el primer escrito cristiano que utilizó este género literario, llamado a alcanzar una gran fortuna en la literatura cristiana antigua» (pp. 59-60).

En cuanto al lugar y fecha de composición de «Q», por indicios de carácter interno lo más probable es que nos encontremos ante un escrito compuesto en la Baja Galilea en una época ciertamente anterior a la guerra judeo-romana del 66-70. Por lo que respecta al «autor» o, mejor, a los creadores, transmisores y destinatarios de «Q», la opinión que mantiene el profesor Guijarro es la de que estamos ante un «grupo que posee una cierta organización interna y se define con claridad frente a los de fuera (‘esta generación’), pero no podemos hablar aún de una comunidad tan organizada como las que se perciben detrás de los evangelios» (p. 65). Tras describir diversos grupos humanos que se han propuesto como base del escrito Q –profetas itinerantes y comunidades sedentarias, filósofos cínicos, comunidades locales de renovación o escribas y grupos locales–, el balance apunta, según nuestro autor, a «una red de pequeños grupos locales fundados por misioneros itinerantes (...) En estos grupos, la casa y la familia tenían un papel importante (...) La situación de este grupo con respecto a su ambiente era de conflicto (...) Esta situación de conflicto fue provocada por el tipo de mensaje que difundía el grupo de Q y por las implicaciones de dicho mensaje. La mayor parte de las instrucciones de Q proponen un estilo de vida contracultural y constituyen una amenaza para el orden social establecido» (p. 72).

Sin alusiones

En el orden más teológico o de contenido, no podía faltar la inevitable mención a la práctica ausencia en «Q» de alusiones a la muerte y resurrección de Jesús, asunto

capital, en cambio, en el *kerygma* evangélico (y paulino). La respuesta que el profesor Santiago Guijarro da a este crucial problema es que, probablemente, los redactores y destinatarios del «documento Q» conocieran estos datos de la tradición cristiana, pero los interpretaran de otra manera:

«El *kerygma* de Q no está centrado en la muerte y resurrección de Jesús, sino en su venida como Hijo del hombre (...) El grupo de Q no veía en la muerte y resurrección de Jesús el cumplimiento de su anuncio sobre la llegada del Reino, sino que esperaba que dicho anuncio se cumpliera con su segunda venida, momento en que tendría lugar el juicio de Dios sobre esta generación» (pp. 90-91).

La obra concluye con la traducción del «documento Q» y una bibliografía básica sobre el tema, entre la que bien se podría destacar la obra de James M. Robinson y otros (entre ellos, el propio Santiago Guijarro), *El «Documento Q» en griego y en español con paralelos del evangelio de Marcos y del evangelio de Tomás*, también editada por la editorial Sígueme en el año 2002.

Pedro Barrado